
FICCIÓN

Ver: *Irreal / Irrealidad / Fantasía / Imaginación / Pensar fantástico y pensar racionante / Concepto y esquema / Razón poética de lo real / Ficto*

«El carácter de realidad se nos presenta como algo huero, como algo pobre y como algo indefinido: una oquedad, una pobreza y una indefinición en la que, sin embargo, el hombre va a inscribir la riqueza insondable, por lo menos, de sus ficciones y de sus ideas.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 69]

•

«El hombre va constituyendo el elenco de las cosas recurrentes y sustantivas a base de probaciones; interviene, pues, un momento de irrealidad: justamente lo que yo me figuro que es la cosa, la misma cosa. Y, en segundo lugar, hay un momento de presentación de la cosa real en la percepción.

En primer lugar, hay un momento de irrealidad. No me refiero a que a lo mejor no todo lo que la percepción me presenta sea real. No me refiero a eso, sino a que, aunque todo fuera real, el modo de estar presentado justamente en la experiencia es probación de lo sentido con vistas, por ejemplo, a la ficción: a lo que yo finjo ser la misma cosa. Solamente entonces es cuando yo puedo hablar de una identificación. La identificación se hace, forzosamente, por el rodeo de la ficción, por lo menos en lo que tenga de forja de lo irreal, del figurarse de lo irreal.

La ficción es un modo que pertenece intrínsecamente a la probación. Es un modo, precisamente, de estar integrado en la realidad. Tengo ante mis ojos la realidad de esta mesa, precisamente porque, después de ver la mesa, comienzo por fingirme que es la misma en distintas percepciones.

El momento de irrealidad está fundido con el momento de realidad en la presentación misma de la cosa. Pero entonces es cuando surge la cuestión para muchos más grave (aunque realmente, en definitiva, no lo es), que es la constitución misma de la sustantividad en el momento de lo irreal.

Efectivamente, si esto es así, los momentos irreales están fundidos definitivamente en la *Gestalt* –en la configuración unitaria de la cosa

percibida que tengo ante mí, en tanto que percibida–, uno se pregunta, ¿quién me asegura que eso sea real? Con lo cual, todo el montaje se viene por tierra. ¿Y si todo fuera irreal? ¿Quién me asegura que una percepción no deforma precisamente las cosas?

A esto hay que contestar varias cosas.

a) En la percepción la formalidad que llamamos realidad es la que tiene la primera y última palabra. Ahora bien, el carácter y el momento de realidad no es objeto de experiencia, sino objeto de intelección sentiente. Yo siento, efectivamente, la realidad, y esto no es objeto de experiencia. Lo que es objeto de experiencia es la cosa que es real. Eso es diferente.

Pero el momento mismo de realidad en cuanto tal es perfectamente intrínseco e intrínsecamente indefectible a toda experiencia perceptiva de lo real. La realidad es siempre y solo un *de suyo*, que se da primariamente en el sentir, aunque aquello que se ofrezca como siendo de suyo pueda resultar problemático. Pero el que sea algo *de suyo* es el dato, el momento primario de la impresión de realidad.

b) Pero atengámonos al contenido: ¿quién nos asegura que ese contenido es así como lo vemos? Esta es una pregunta que ha tenido una larga historia –por lo menos de cuatro o cinco siglos– en la Historia de la Filosofía.

Locke fue el primero que canonizó la diferencia de lo que él llamaba las cualidades primarias y las cualidades secundarias (*Ensayo sobre el entendimiento humano*, libro II, cap. VIII, 9 y ss. y 17). Las cualidades que para los empiristas fueron siempre secundarias son aquellas que, en definitiva, son puras impresiones y afecciones del sujeto. [...]

Prescindamos de los sujetos, borremos los sujetos humanos del mundo y se desvanecen precisamente todos los colores, todos los sonidos, todos los aromas, todas las temperaturas. Locke canonizó esto. [...]

Ahora bien, si esto fuera así, no habría argumento intelectual ninguno que nos llevara a la realidad de las cosas. ¿De dónde va a sacar el razonamiento más sutil y más contundente del planeta la realidad de algo, si ese algo empieza por no presentarse como real, si no tiene momento ninguno de realidad?

Sería como querer probar a un ciego de nacimiento la existencia de colores. Todos los razonamientos del mundo le harían aprender muchas matemáticas y ecuaciones de ondas, pero jamás la percepción de un color.

Y lo cierto es que este es uno de los puntos cruciales en que creo que se ha producido realmente el escándalo de la Filosofía. Que no sepamos lo que es un color o lo que es un sonido, a última hora, ¡qué le vamos a hacer”.

Tantísimas cosas –la inmensa mayoría de las que hay en el mundo– no sabemos lo que son. ¡Qué le vamos a hacer! No se trata de esto. Se trata de algo más hondo. [...]

Pero, ¿es que el mundo realmente tiene colores? Y saldrán el físico, el biólogo y el fisiólogo diciendo que no. Con lo cual volvemos a casa no simplemente no sabiendo lo que es el color –que eso sería lo de menos–, sino no sabiendo *dónde alojar el color*, ni en qué región del Universo meter los colores.

No se sabe. No pertenecen al mundo físico, no pertenecen al mundo biológico, no pertenecen al mundo psicológico, no pertenecen, en fin, a las representaciones intelectuales. ¿Adónde pertenecen? Naturalmente, ese ignorar dónde colocar el fenómeno “color” es el escándalo radical de la Filosofía en este punto, mucho más que no saber qué es un color. Y lo que digo de los colores lo digo lo mismo de los sonidos.

Frente a este problema sí es menester, sin embargo, hacer dos o tres observaciones.

Se nos pregunta si no podría en la percepción estar completamente deformada la realidad. Y uno, empleando una terminología escolástica, diría: retuerzo el argumento. ¿Cómo sabe usted que puede ser una deformación si de la realidad no se tiene más noticia que esta? ¿Cómo sabe usted que es una deformación? No se puede hablar de deformación, porque para eso habría que tener un tal acceso a la cosa, respecto del cual la percepción sensible mía fuese una deformación, porque, si no, evidentemente, no habría lugar para hablar de deformación.

Hay una grave confusión en esto que decimos que el color no es una realidad. ¿De qué realidad se trata? [...]

En el acto mismo mío de percepción el color es real. Se podrá decir que ese color real está limitado a ese acto de percepción. Esto es otra historia. Justamente, lo que la Física me quiere decir es qué es un color independientemente de mi acto de percepción que, aunque no sea más en el acto de mi percepción, tiene efectivamente realidad. [...]

Comoquiera que sea, en aquel momento, aquello tiene realidad, y la prueba está en que para explicar lo que es un color no me basta con toda la Física del planeta, ni con toda Fisiología del planeta; necesitaría traer a colación todos los factores que me explicaran por qué y cómo estoy viendo aquí un color verde.

En el acto de percepción, y en tanto en cuanto dado, aquello no solamente es un contenido de la percepción, sino que es una realidad. Lo que ocurre es que esa realidad no vale más que para el acto de percepción. Si yo quiero sacarlo de la percepción y decir que, efectivamente, si me marcho a casa, “esta mesa continúa teniendo el color que tiene mientras la percibo”, esto es asunto distinto.

Ahí entiendo por realidad no simplemente el carácter real de lo que se me ofrece en una percepción, sino que entiendo por realidad las estructuras primarias que un cuerpo tiene, por ejemplo, esta mesa,

independientemente de cuando ese cuerpo actúe sobre los órganos de mis sentidos.

Este es otro sentido completamente distinto de la palabra realidad. El error del realismo ingenuo estará en cree que sin mis órganos receptores el mundo tiene toda la gama de colores y cromatismos que la percepción presenta. Esto, con toda seguridad, es completamente falso. Otra cosa, completamente distinta, es decir que cuando lo estoy viendo carece de realidad. [...]

Una cosa es el problema de la realidad en el nivel inmediato de una percepción primera, otra cosa es el problema de la realidad en el nivel de lo que una cosa es cuando no es objeto percibido y cuando no actúa sobre mi perceptivamente o para ser percibida, en tanto que *percepto*. Esto es una cosa completamente distinta.

La diferencia de niveles es siempre una diferencia hecha con vistas a lo que la cosa real es. El carácter de realidad de las cualidades inmediatas es la determinación de lo que es la realidad en cuanto tal, tal como nos es dada y en cuanto nos es dada.

Si yo lo saco de estas condiciones, entonces habrá que averiguar qué ocurre con esa realidad en otro nivel. Pero el que una realidad sea fugaz y no tenga realidad más que en el momento en que yo la percibo, eso no la destituye de su carácter de realidad, en absoluto.

En este sentido, la percepción es una experiencia que consiste en la probación directa de la cosa real, con vistas a lo que nos figuramos que ella es. Y en la percepción, en este sentido, forzosamente hay un momento de representación irreal y de deformación. Sin la ficción no habría percepción, sería un mero sentir.

Esto que hemos fingido se funde precisamente con lo que es sentido. Sí; pero eso no quiere decir que sea falso. En manera alguna es falso.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 169-176]



«El momento de realidad es ámbito, principio de libre construcción de las estructuras. Ahora vemos, efectivamente, lo que esto significa. Es el principio de libre construcción precisamente porque la realidad misma, en su carácter de *ex*, deja instalada a la inteligencia en la realidad en la cual ella puede concebir y construir justamente realidades con sus estructuras, incluso con estructuras distintas de aquellas que la realidad le da en las cosas percibidas.

En otra dimensión, es la forma como la inteligencia ha concebido las ficciones. La ficción no es ficción de realidad, sino realidad en ficción; la realidad misma, el carácter físico de realidad que yo aprehendo, pero con una estructura fantástica. La ficción es una forma de pensar fantástico,

aquel pensar cuyo contenido es formalmente sentido, esto es, imaginado. **La imagen es el contenido sentido de la fantasía.** Pero es siempre un pensar que, por ser pensar, envuelve un momento de realidad. Este momento otorga al pensar fantástico una libertad de contenido sentido. En la matemática, el contenido del pensar es un abstracto inteligido, pero inteligido en el modo de realidad del ex.

Por esto la matemática construye las estructuras geométricas (topológicas, afines, métricas) precisamente dentro de la libertad que le confiere un ex, el cual, como modo de realidad, en cierto modo, trasciende de las cosas que determinadamente están siendo; es un ex de tensidad.

De ahí que este ex desempeñe precisamente la función de libertad intelectual por la cual la inteligencia puede constituir una conjunción con estructuras distintas de aquellas que efectivamente le están dadas, esto es, modos nuevos de tensidad, todas las estructuras que enumeré anteriormente y otras muchas más.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 145-146]



«Toda realidad está sentida por el hombre no solamente según el contenido concreto que esa realidad tiene en cada caso (una mesa, un color verde, un sonido, etc.), sino también según la formalidad de realidad; lo que estoy viendo es una mesa-real, un verde-real, un sonido-real, etc.

Tanto es así, que el momento de realidad excede en cierto modo de aquello que es concretamente cada una de las cosas reales. Y se comprende.

Porque el hombre, al percibir las cosas, está sucesivamente en ellas; sin embargo, no hay una estricta sucesión en eso que llamamos el momento de realidad. El hombre está de una vez por todas en el momento de realidad. Lo cual quiere decir que el momento de realidad, en la medida en que excede de aquello que es en cada caso real, constituye en una u otra forma un principio de orden transcendental; trasciende, en efecto, de su contenido.

En su virtud, el hombre puede construir de una manera libre –es el caso de la matemática– *aquello que es irreal, pero que lo es en la realidad*. La matemática no es irreal en el sentido de que es construcción de realidad, sino que es realidad en construcción; como las ficciones no son ficciones de realidad, sino que son realidad en ficción.

El momento de realidad determina la libre construcción. Es un principio estructural porque determina libremente la definición de una estructura.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 132 ss.]



«Lo mismo acontece con la imaginación. Ni las ideas con las cosas en que el hombre piensa, ni las imágenes son las imágenes que el hombre está imaginando. La idea y la imagen son algo que está a mis espaldas, algo que no está visto por mí, algo con que veo de una manera intencional la realidad objetual que en ellas se me presenta. Las ideas se definen, las imágenes se describen. Pero hay por bajo algo más hondo: se realizan objetualmente.»

[Zubiri, X.: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, pp. 649]



«La verdad, sin embargo, no es que lo primario sean objetos que se dividen en reales y meramente intenciones, sino por el contrario, lo primario es realidad, que se divide en física y reducida. Sin este carácter de realidad no habría ideas, porque las ideas no serían ideas de nada.

Las ideas no solamente envuelven una referencia intencional, sino además un intento de realización objetual de las propiedades. Y esto lo mismo en el orden del concepto que en el de la imaginación.

Forzados, pues, por la realidad, nos hallamos realmente suspensos en lo irreal, que positivamente es lo objetual; estamos realmente encontrándonos con lo irreal en que consisten los objetos. Tengo, en efecto, una experiencia real y efectiva de lo irreal. Y esta experiencia es decisiva en la vida del hombre. Porque yo soy real, mi estar en la realidad es real. Lo irreal es el ámbito de lo objetual. Sin mi realidad no habría objetos, pero sin realidad física no serían objetos.

En definitiva, cuando la nueva situación conmueve la anterior me veo lanzado de la realidad física al recurso de las ideas, que me ofrecen la realidad anterior no física sino objetualmente.»

[Zubiri, X.: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, pp. 650]



«Al plantear el problema de cómo proyecta el hombre ha de tenerse en cuenta que en su decurrir toda situación es insostenida y además insostenible por su propia estructura. Satisfechos o no de cada situación, las nuevas cosas nos sacan de donde estábamos, pero ¿cuál es el ámbito situacional en que nos dejan? [...]

El hombre se encuentra en un estado, y en ese estado en una situación determinada. ¿Dónde queda en virtud de la conmoción de la nueva situación un hombre concreto en toda su concreción psicofísica individual? Para responder a esta cuestión, uno de los caminos es ver qué nos ha quedado del estado anterior, pues no hay dos situaciones que se repitan en toda su identidad.

Pero tampoco hay dos situaciones heteróclitas, pues estarían condicionadas por la continuidad de la duración. Además, en esa continuidad ni siquiera es normal que lo que queden sean cosas de la situación anterior. Sin embargo, las cosas desaparecidas me dejan algo de sí mismas en la nueva

situación, no su realidad, pero sí su idea. Tomo idea en su sentido etimológico de eidos con su raíz eid-, en latín vid-, visión; no lo que yo produzco en mi mente, sino el conjunto de rasgos que la cosa tiene y que permiten diferenciarla de otras. Cada cosa tiene una forma o configuración, que se refleja en la idea, y es lo que queda cuando la cosa desaparece.

Esta idea no es sin más la forma aristotélica, pues el eidos se tiene como forma en el pensamiento griego con anterioridad a la interpretación hilemórfica de Aristóteles. En nuestro contexto, tan idea es la idea más abstracta y científica como la que llamamos imagen; la única diferencia está en que las imágenes, cuanto más precisas, nos dejan mejor el eidos concreto, individual, de la realidad que pasa ante mis ojos.

Tomo, pues, la idea en toda su amplitud, y en esa amplitud digo que las cosas nos dejan su idea. Es lo que significamos al decir que algo no nos ha dejado ni huella, y que por tanto no tenemos ni idea de ello, que, por lo visto, es lo menos que se puede tener de una cosa.

No sólo nos deja la idea de cómo era, sino también de lo que valía: la cosa desapareció y lo que nos queda anclado en su eidos es el valer de la cosa. Junto con ello nos queda el eidos de lo que yo hacía, y cómo me encontraba, es decir, de cómo era yo. [...]

Finalmente, son las cosas reales, con las que realmente estoy ahora, las que me lanzan realmente fuera de las cosas en que estaba. Realidad, pues, por razón de mí, por razón de las cosas, y por razón de la conmoción con que las cosas me lanzan de donde estaba a otra situación. En esta triple realidad, en el ámbito de situación, queda ese residuo de las cosas reales que es la idea.

Al lanzarnos las cosas de un primer estado orlan con un no mi atenuamiento a la realidad. Este «no» afecta a la realidad física de la situación anterior. Por tanto, nos encontramos en un no de realidad, es decir, en lo irreal.

Si el hombre no fuese más que pura inteligencia, no dejaría de estar atenido a la realidad. Pero el hombre es inteligencia sentiente y por ello el decurso sentiente de las cosas le lanza del atenuamiento a la realidad hacia algo que no es realidad física.

Está atenido a la realidad, porque tiene que moverse también en el ámbito de lo irreal. El animal no humano no se mueve entre realidades, pero tampoco entre irrealidades; se mueve entre estímulos a-reales. El hombre es el animal que no sólo puede, sino que inexorablemente ha de moverse en el ámbito de lo irreal. La irrealidad le es necesaria al hombre para poder vivir en realidad.

Pero, ¿en qué consiste esta irrealidad? Lo irreal no puede calificarse como lo que no-es, porque no es lo mismo ser y realidad (el no aceptar esta diferencia es lo que constituye la paradoja de *Parménides* de Platón: que hay algo que no es); y porque cuando me ocupo con lo irreal me ocupo con *algo que no es ya*, pero que está puesto realmente ante mí, frente a mí. Es

lo que significa la palabra *ob-iectum*. El ser realidad objetual es aquello en que consiste formalmente el ser positivo de la idea. Realidad objetual es la realidad como objeto.

Precisamente es la medida en que la idea implica esa versión constitutiva a un tipo de realidad, la idea y su referencia al objeto tienen un carácter de intencionalidad representativa, porque me refiero en intención – la realidad a que me refiero ya no está presente – a algo. Con lo cual esa realidad referida merece llamarse intencional.»

[Zubiri, X.: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, pp. 644-647]



“Los objetos de la matemática son «objetos reales», son objetos en la realidad, en esta misma realidad de las piedras o de los astros; la diferencia está en que los objetos matemáticos están postuladamente construidos en su contenido. La piedra es una realidad en y por sí misma; un espacio geométrico o un número irracional son realidad libremente postulada. Es usual llamar al objeto de la matemática «objeto ideal».

Pero no hay objetos ideales; los objetos matemáticos son reales. Esto no significa que los objetos matemáticos existan como existen las piedras, pero la diferencia entre aquéllos y éstas concierne tan sólo al contenido, un contenido en el primer caso dado, libremente postulado en la realidad en el segundo. Por tanto, los objetos matemáticos no tienen existencia ideal sino solamente existencia postulada, postulada pero en «la» realidad.”

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia y logos*. Madrid: Alianza Editorial, 1982, p. 144]



“La realidad no es sinónimo de existencia. Existencia y notas pertenecen tan sólo al contenido de lo real; en cambio la formalidad de realidad consiste en que ese contenido existencial y de notas lo sea «de suyo». Una existencia que no concerniera «de suyo» a lo existente no haría de él algo real sino espectral. Existencia y notas, repito, pertenecen solamente al contenido de lo real.”

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia y logos*. Madrid: Alianza Editorial, 1982, p. 135]



«La realidad, en cuanto tal, está abierta, es la indefinición por sí misma. Está abierta a toda posible definición dentro de ella.

Desrealizamos por abstracción el contenido de lo real y elevamos lo abstracto a lo exacto. Justamente ésta es la idea, el tercer modo de irrealidad.

Ciertamente, hay otros modos de irrealidad, pero más que modos de irrealidad son modos como lo irreal se integra en la vida llamada real. Pero,

precisa y formalmente, no hay más que tres tipos de irrealidad: el espectro, la ficción, la idea. [...]

Hay distintos modos de irrealidad. Lo cual quiere decir que la irrealidad no reposa nunca sobre sí misma sino sobre algo que llamamos la irrealización.

Y de esta irrealización hemos visto tres tipos:

1. El espectro. La realidad no se manifiesta en las propiedades que el competen *de suyo*, sino que se proyecta en otras, que no le afectan, y por consiguiente podemos decir que la envuelven, pero sin ser ella misma. La realidad está dentro del hueco de lo aparente. Es justamente la irrealización y en ella acontece la oquedad de lo real.

2. En la ficción la realidad queda destituida de todas sus notas y se obtiene así, en la realidad en cuanto tal, el carácter de realidad como algo inagotable, que permite naturalmente alojar no sólo las cosas concretas que, efectivamente, son reales, sino aquellas que construye el hombre libremente.

3. En la idea la realidad queda abstractivamente delimitada según unas notas, que se elevan a visión exacta y definida.

Pues bien, es fácil ver que en estos tres tipos subyace una misma estructura fundamental. Y, ante todo, se trata siempre y sólo de una irrealización. Ninguna irrealidad reposa sobre sí misma, sino que es resultado de un proceso de irrealización. En cambio, la realidad sí que reposa sobre sí misma. Ésta es la diferencia fundamental. Toda irrealización se apoya, pues, en una realidad.

Esta realidad no es una cosa, sino que es una pura formalidad, es un carácter.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 59-61]



«La inteligencia, al realizar su acto de aprehensión, por ejemplo, de este libro, no solamente *queda* en cierto modo en lo que este libro es, con todos sus caracteres, sino que queda en el carácter de realidad que este libro tiene. Ahora bien, este carácter de realidad excede en una u otra forma de lo que es el libro real en sí mismo.

Porque, si yo paseo la vista, percibo algo distinto del libro, por ejemplo, la pared. Pero el carácter de realidad que percibo en esta pared es el mismo que el carácter de realidad que he percibido al percibir el libro.

Con lo cual, el momento de realidad no es sólo la impresión que compete a la formalidad de una cosa determinada, sino que, además, el momento de realidad queda constituido en ámbito. Este ámbito es así el ámbito perceptivo y también el ámbito de la realidad como realidad. Un ámbito en el cual puede moverse la inteligencia con cierta holgura por encima de lo

que determinadamente es esa realidad que nos está dada en cada cosa. De esta suerte, por ejemplo, es como el hombre fantasea, concibe, construye, proyecta.

Nada de esto son operaciones que el hombre hace *sobre* la realidad; son operaciones que hace *en* la realidad. La ficción no es ficción de realidad, sino realidad en ficción. La construcción no es construcción de realidad, sino realidad en construcción.

Pues bien, el concepto no es concepto *de* una realidad, sino realidad en concepción, algo que se inscribe en ese momento de realidad que constituye el ámbito estructural dentro del cual la inteligencia se mueve y en que, con soberana libertad, va ejecutando sus actos, independientemente de las determinadas cosas reales que en ese mismo ámbito le han sido primariamente dadas.

Ahora bien, este ámbito está constituido en una u otra forma por ese carácter del *ex*. Únicamente en la medida en que la inteligencia está en cierto modo fuera de las cosas, y las cosas fuera de la inteligencia, estando ambas incursas en el momento de realidad, es decir, sólo en la medida en que hay un *ex* como momento de la realidad en cuanto tal, solamente en esta medida se puede constituir el ámbito de la realidad como ámbito dentro del cual la inteligencia se mueve.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 196-197]



«El error del realismo ingenuo estará en creer que sin mis órganos receptores el mundo tiene toda la gama de colores y cromatismos que la percepción presenta. Esto, con toda seguridad, es completamente falso. Otra cosa, completamente distinta, es decir que cuando lo estoy viendo carece de realidad. [...]

Pero el que una realidad sea fugaz y no tenga realidad más que en el momento en que yo la percibo, eso no la destituye de su carácter de realidad, en absoluto.

En este sentido, la percepción es una experiencia que consiste en la probación directa de la cosa real, con vistas a lo que nos figuramos que ella es. Y en la percepción, en este sentido, forzosamente hay un momento de representación irreal y de deformación. Sin la ficción no habría percepción, sería un mero sentir.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 176]



«El hombre va constituyendo el elenco de las cosas recurrentes y sustantivas a base de probaciones; interviene, pues, un momento de

irrealidad: justamente lo que yo me figuro que es la cosa, la misma cosa. Y hay un momento de presentación de la cosa real en la percepción.

Pero, para evitar equívocos y dificultades, conviene insistir un poco en cada uno de estos momentos de la experiencia perceptiva de las cosas.

En primer lugar, hay un momento de irrealidad. No me refiero a que a lo mejor no todo lo que la percepción presenta sea real.

No me refiero a eso, sino a que, aunque todo fuera real, el modo de estar presentado justamente en la experiencia es probación de lo sentido con vistas, por ejemplo, a la ficción: a lo que yo finjo ser la misma cosa.

Solamente entonces es cuando yo puedo hablar de una identificación. La identificación se hace, forzosamente, por el rodeo de la ficción, por lo menos en lo que tenga de forma de lo irreal, del figurarse de lo irreal.

La ficción es un modo que pertenece intrínsecamente a la probación. Es un modo, precisamente, de estar integrado en la realidad. Tengo ante mis ojos la realidad de esta mesa, precisamente porque, después de ver la mesa, comienzo por fingirme que es la misma en distintas percepciones.

El momento de irrealidad está fundido con el momento de realidad en la presentación misma de la cosa.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 169-170]



«Porque *in re* la realidad no es como un océano dentro del cual naveguen, floten, unas barcas, que serían cada una de las cosas sensibles y concretas. Eso no. El carácter de realidad es una formalidad, una mera formalidad que tienen todas las cosas reales. Lo que pasa es que ese carácter es más o menos igual en todas ellas.

Ahora bien, no es esto únicamente lo que ocurre. Lo que ocurre es que la inteligencia, estando en lo real, y en la más abstrusa y alejada idea que pueda forjar de la realidad, o en las ficciones más incompatibles con lo real, al elaborar lo irreal, no simplemente está *viendo* el campo, sino que le pasa lo que al hombre que está corriendo en un campo visual, que es que *está físicamente* en él.

Con su inteligencia, el hombre no simplemente está aprehendiendo el término de su intelección, sino que está físicamente en ello. Se dirá, ¿cómo se puede estar físicamente, por ejemplo, en una ficción?

Téngase en cuenta que la ficción se inscribe dentro del carácter de realidad, el cual es perfectamente físico.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 115-116]



Realidad en ficción

«La ficción es irreal. Sí, pero ¿qué se entiende por irreal? Irreal es siempre y sólo lo que se ha irrealizado. Y ¿qué es lo que se ha irrealizado? Se ve inmediatamente lo que puede ocurrir: creer que se ha irrealizado el momento de realidad. No es exacto. No se ha irrealizado el momento de realidad; éste es inadmisibile, a mi modo de ver. Lo que se irrealiza es el contenido real, las notas, que tienen algunas cosas reales.

Al estar situada en el ámbito de realidad, la inteligencia cobra esa suprema y necesaria libertad suya de moverse en ese ámbito por encima de lo que son las cosas reales, de trascender en la realidad de aquello que en cada caso es su contenido, y darles un contenido nuevo.

Toda transcendencia es no transcendencia *de* la realidad sino *en* la realidad, esto es, conservación del momento físico de realidad con irrealización de su contenido. Hay muchas maneras de llevar a cabo esta transcendencia en la realidad. Una de ellas es la ficción. Pero entonces una cosa es clara: que lo que se finge no es la realidad sino al revés: lo que se finge *es algo que es real*.

Es decir, no se trata de *ficción de realidad* sino de *realidad en ficción*, de realidad en ese momento especial que es la ficción. Ficción es un modo de realización de la realidad misma. Esto es lo esencial de toda ficción. El momento de realidad de la ficción más fingida del Mundo, es el mismo momento de realidad de este Universo físico que tengo ante mí y ante mis sentidos.

Lo que sucede es que tomo ese momento de realidad no como propiedad de esta cosa real determinada sino como ámbito, y me muevo dentro de él mediante un acto que es justamente fingir aquello que es real. Pero el momento de realidad está allí.

A su modo, pues, toda ficción tiene en cierta manera y en alguna medida una orla, un ámbito de realidad. Y es lo que da a la ficción toda su gravedad. La gravedad de las ficciones no viene de que sean interesantes, de que susciten determinados sentimientos o enseñen ciertas lecciones, etc., sino de que se inscriben precisamente dentro de la realidad y constituyen el modo ficticio de la realidad misma, de esa realidad que me está físicamente dada como ámbito. Repito, no ficción de realidad sino realidad en ficción.

Como decía, hay muchos modos de irrealización, puesto que hay muchos modos de moverse dentro del ámbito de la realidad. La ficción es uno de ellos. Pero sólo uno. Otro es, por ejemplo, la conceptualización.”

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, pp. 68-69]



«El hombre, al percibir las cosas, está sucesivamente en ellas; sin embargo, no hay una estricta sucesión en eso que llamamos el momento de realidad.

El hombre está de una vez por todas en el momento de realidad. Lo cual quiere decir que el momento de realidad, en la medida en que excede de aquello que es en cada caso real, constituye en una u otra forma un principio de orden transcendental; trasciende, en efecto, de su contenido.

En su virtud, el hombre puede construir de una manera libre –es el caso de las matemáticas– *aquello que es irreal, pero que lo es en la realidad*. La matemática no es irreal en el sentido de que es construcción de realidad, sino que es realidad en construcción; como las ficciones no son ficciones de realidad, sino que son realidad en ficción.

El momento de realidad determina la libre construcción. Es un principio estructural porque determina libremente la definición de una estructura. Este principio estructural es la espaciosidad en nuestro problema.

En el orden físico, la espaciosidad es la propiedad que hace posible que haya libre movilidad, es *ámbito* de libre movilidad. El ámbito no es espacio. Pero es lo que hace posible la libre movilidad, y, por tanto, lo que hace posible que haya espacio, porque el espacio es la estructura métrica que la libre movilidad de los cuerpos, hecha posible por el ámbito, deja en el transcurso del movimiento, es lo que, pasado al límite, considera el físico como espacio físico.

El ámbito no es espacio; es pura y simplemente esa propiedad real de los cuerpos que he llamado espaciosidad. No es algo que produce el libre movimiento, sino algo que hace posible –sólo posible– la definición de su estructura métrica.

El espacio geométrico y el espacio físico abocan en la espaciosidad como propiedad real de las cosas: aquella propiedad que es principio estructural del espacio. La espaciosidad es pura y simplemente esta propiedad real en virtud de la cual los cuerpos tienen ese carácter y esas estructuras que llamamos *espacio*, objeto de la ciencia matemática, por un lado, y objeto de la ciencia física, por otro lado. [...]

No se trata de un principio causal. No se trata de lo que produce que haya espacio. Esto sería quimérico. Se trata de un principio según el cual las cosas, por lo que realmente son, tienen que estar en un espacio, o incursas en un espacio. Lo cual significa, entonces, que la espaciosidad, en tanto que principio del espacio, es algo que determina el modo de ser real y efectivo de las cosas.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 132-133]



«El momento de realidad es ámbito, principio libre de construcción de las estructuras. Ahora vemos, efectivamente, lo que esto significa. Es el principio de libre construcción precisamente porque la realidad misma, en su carácter de *ex*, deja instalada a la inteligencia en la realidad en la cual ella puede concebir y construir justamente realidades con sus estructuras,

incluso con estructuras distintas de aquellas que la realidad le da en las cosas percibidas.

En otra dimensión, es la forma como la inteligencia ha concebido las ficciones. La ficción no es ficción de realidad, sino realidad en ficción; la realidad misma, el carácter físico de realidad que yo aprehendo, pero con una estructura fantástica.

La ficción es una forma de pensar fantástico, aquel pensar cuyo contenido es formalmente sentido, esto es, imaginado. La imagen es el contenido sentido de la fantasía. Pero es siempre un pensar que, por ser pensar, envuelve un momento de realidad.

Este momento otorga al pensar fantástico una libertad de contenido sentido. En la matemática, el contenido del pensar es un abstracto inteligido, pero inteligido en el modo de realidad del *ex*. Por esto la matemática construye las estructuras geométricas (topológicas, afines, métricas) precisamente dentro de la libertad que le confiere un *ex*, el cual, como modo de realidad, en cierto modo, trasciende de las cosas que determinadamente están siendo; es un *ex* de tensidad.

De ahí que este *ex* desempeñe precisamente la función de libertad intelectual por la cual la inteligencia puede constituir una conjunción con estructuras distintas de aquellas que efectivamente le están dadas, esto es, modos nuevos de tensidad.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 145-146]



«La realidad no es sólo mera independencia objetiva, sino que además tampoco es existencia. Ciertamente nada real es inexistente, pero no es real porque es existente, sino porque esa existencia le compete “de suyo”. Si lo aprehendido tuviera existencia y no la tuviera “de suyo”, no sería realidad sino *espectro*.

Lo mismo debe decirse de sus notas: no son reales sino constituyendo un sistema “de”. Una ficción no es un sistema de notas sin existencia, sino que lo fingido no solamente no tiene existencia, sino que tampoco tiene esencia física. El sistema es real no sólo por sus notas y por su existencia, porque tanto aquéllas como ésta pertenecen al contenido de la cosa aprehendida. En cambio, el momento de realidad está constituido por la formalidad de alteridad del “de suyo”.

Realidad es formalidad de alteridad y formalidad del “de suyo”. Existencia y notas con momentos del contenido. El momento de formalidad es algo anterior a existencia y a notas.

Y este momento es una formalidad física y no conceptiva, porque es un carácter de la apertura de lo real en cuanto real; la realidad es siempre física y formalmente respectiva. Es un momento de la cosa intelectivamente

sentida. Y por esto, este momento es formalmente inespecífico. Cuando aprehendo sentientemente varias cosas en un solo acto de aprehensión, aprehendo muchos contenidos distintos, pero en una sola impresión de realidad.

Realidad no es, pues, independencia objetiva ni es tampoco existencia. Mucho menos aún es algo que esté allende lo sentido. Ciertamente hay infinitas cosas allende lo sentido, pero estamos llevados a admitirlas, estamos llevados a ellas, por intelección sentiente de lo que es aprehendido "de suyo".

Sus notas son por esto reales, pero esto no significa que sean reales "fuera" de la percepción. Hacer de lo real, en la aprehensión de una cosa real en el mundo, algo allende la aprehensión, puede ser como ya ha sido millones de veces en la historia una grave forma de error. Realidad no es existencia allende la aprehensión.

Aquende y allende son dos zonas de cosas reales, pero realidad no es ni aquende ni allende. Realidad no es sino puro "de suyo", no es una zona de cosas. Por esto la división de cosas allende y aquende la percepción se funda en la impresión sentiente de realidad y no al revés.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 38-39]



«Lo irreal en el sentido de esencia y de existencia, no tiene ni esencia, ni existencia, y, sin embargo, es "algo": no es una pura nada. Y es que el carácter de realidad afecta al algo, que como tal algo está allende la diferencia entre esencia y existencia. Y aquí es donde aparece el *tema de la irrealidad*.

Como hay diversos modos de irrealidad (y la ficción es uno de ellos), esto significa que la irrealidad no reposa primariamente sobre sí misma, sino que es resultado de una irrealización. Y nos preguntábamos entonces qué es lo que se irrealiza y, en segundo lugar, en qué consiste ese modo de irrealización que llamamos ficción.

Para esto es menester volver a la idea misma de lo real y que el carácter de lo real es una formalidad propia de las cosas que no son presentes, no una cosa oculta tras lo que se nos aparece –lo que se nos ofrece–. Y ese carácter consiste en que la cosa se presenta como recabando para sí misma *de suyo* una serie de propiedades, un fuero interno, en virtud del cual decimos que la cosa es real y que no simplemente se agota en estimular a un organismo psicofísico.

Esto supuesto, lo que se irrealiza en la ficción es el contenido de lo real. Pero se conserva su momento de realidad física, el *de suyo*. En esta realidad física es donde yo construyo cosas, que no son como las cosas reales, pero que son cosas en el sentido más estricto del vocablo; si no, no sería ficciones, serían otro tipo de irrealidades. Pero se conserva íntegro su momento de realidad.

La ficción no es realidad ficticia, sino que es realidad en ficción. Alojo en el momento de realidad física de las cosas contenidos que no pertenecen estrictamente a lo que son los contenidos de la realidad que tenemos. [...]

La ficción no se mueve en una ficción de realidad, es decir, no es realidad ficticia, sino que es una realidad en ficción, anterior a la esencia y a la existencia en la ficción. Si se quiere emplear el término usual del *como si*, hay que decir que el *como si* afecta siempre y solo al contenido de la ficción. [...]

El carácter de realidad trasciende de todo contenido de una cosa determinada. La realidad, en cuanto tal, es inagotable. Y, por esto, si yo tomo el carácter de realidad en cuanto tal, me queda abierto el ámbito de inagotabilidad donde el hombre construye constantemente cosas, que no le están dadas en la realidad. Las ficciones son, por eso, realmente ficticias.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 40-42]



«¿Se puede decir que don Juan, Ulises o Fausto no tengan *ninguna* existencia?

Tanto más cuanto que, por ejemplo, hay ciencias archicientíficas, como la matemática, que están plagadas de lo que se llama “teoremas de existencia”. Ahora, en la existencia matemática –por ejemplo, la existencia de una solución de una ecuación diferencial, el que en toda ecuación diferencial existe por lo menos una integral–, la palabra existencia no significa existencia como la de este vaso de agua. Sin embargo, ¿se podría decir que no es existencia en ningún sentido? No. [...]

¿Se puede decir entonces que los objetos ficticios carezcan de *toda* existencia? Porque lo cierto es que, por ejemplo, antes del primero que forjara en el momento que fuere la figura de Don Juan, ese objeto no tuvo existencia ninguna. Pero después, ¿se puede decir que no tiene ninguna? ¿No puede decirse con rigor que ha comenzado a tener existencia desde el momento que fuera? Supongamos que fuera desde Tirso de Molina. [...]

No puede eliminarse de lo irreal su momento existencial, ni se puede limitar al momento esencial. La esencia de lo irreal es perfectamente irreal, precisamente en su mismo carácter de esencia.

En suma, la irrealidad sale intacta de esta discusión. La cosa es irreal tanto en su esencia como en su existencia. No tiene ni esencia real, ni existencia real. Es irreal en toda la línea. Y, sin embargo, no es un puro *nihilum* ni de esencia ni de existencia. ¿Qué es justamente? Ésa es la cuestión.

En primer lugar, la cosa irreal no es una pura nada. Es que no puede hablarse de irrealidad sin más, sino de irrealidad, por ejemplo, en un modo determinado que es el *fictum*, la ficción. [...]

Ahora bien –cada uno es hijo de sus pensamientos–, yo he pensado muchas veces que lo que llamamos realidad es una formalidad de las cosas, un carácter formal; por ejemplo, a diferencia del estímulo. Realidad es una formalidad, no es una cosa. Es un carácter formal con que las cosas me son presente, y que les incumbe a ellas; es una formalidad de lo real.

Y, en segundo lugar, esa formalidad consiste justamente en lo que he llamado lo *de suyo*. [...]

Además del momento específico de las impresiones en que se nos dan las cosas, además de ese contenido, que es perfectamente específico (por ejemplo, un color, un sonido, etc.), tenemos ese momento de realidad –esa formalidad justamente del *de suyo*– que está efectivamente sentida en las cosas y que, por estarlo, he llamado *impresión de realidad*.

En *impresión de realidad* se nos da precisamente esa formalidad de las cosas que llamamos *lo real*, que está formalmente constituido por el carácter del *de suyo*.

No sólo está formalmente constituido, sino que en cierto modo –por lo menos *κατὰ λόγον*–, es decir, por su propia razón interna, **es anterior al contenido específico de cada una de las percepciones** y de cada una de las impresiones.

Esta anterioridad no es una mera disquisición dialéctica. Puede parecerlo, si lo que describo es nada más que el color que estoy viendo. Pero no en otros casos. [...]

La impresión de realidad es un momento de toda impresión sensible. El hombre no solamente ve el color, sino que ve la realidad del color, siente lo sentido, pero lo siente como real. Y entre el contenido y este momento de realidad hay por lo menos una diferencia que salta a los ojos: que mientras el contenido es perfectamente específico –es un color amarillo, es un sonido de tal o cual tono, intensidad y timbre–, en cambio, la impresión de realidad es la misma; no insistamos sobre esta mismidad excesivamente: es la misma en toda impresión.

Cuando el hombre queda en algo, en virtud de una percepción, no queda solamente en el color que ha percibido en la mesa o en la habitación en que está, queda *en la realidad*, cualquiera que ella sea.

Cuando viene una segunda percepción, no solamente va a chocar con el contenido de la primera percepción, sino que se va a alojar precisamente en ese mismísimo momento de realidad que ha constituido la **impresión de realidad** de la primera percepción. Y, por consiguiente, la impresión de realidad decimos que, en una u otra forma, trasciende del contenido específico de cada una de las impresiones sensibles. Y que en esa trascendencia, por lo menos *κατὰ λόγον*, *secundum rationem*, por su propia razón, **es anterior a su contenido**.

Pues bien, si esto es así, volvamos a nuestro *problema de la ficción*. La ficción, naturalmente, es el resultado de una irrealización. Y nos

preguntamos sobre qué recae la irrealización. Uno podía pensar que recae precisamente sobre el momento de realidad. Lo que la ficción nos daría es una realidad ficticia. Si esto fuera así, no sería ni tan siquiera ficción. Sería una pura creación, no sabemos en qué, pero no sería ficción.

En el caso de la ficción sucede justamente al revés. La ficción consiste en forjarme un Don Juan dotado de determinados caracteres perfectamente positivos, es decir, un contenido, que yo atribuyo *de suyo* a la realidad. El momento de realidad es el que queda conservado en la irrealidad. Y, en cambio, lo que es término formal del acto de ficción es precisamente el contenido de esa realidad.

Por eso, no es exacto decir que la ficción me represente una realidad ficticia, sino que **representa justamente una realidad en ficción**. ¿Qué realidad? No una idea de realidad, sino esta realidad: la realidad física.

Es esta misma impresión de realidad que yo siento en mis sentidos, es esa misma realidad físicamente considerada, la que en una ficción se me presenta en ficción y no en percepción o impresión directa. [...]

El objeto ficticio es realidad en ficción. **Es realidad en ficción, y no es ficción de realidad o realidad ficticia**. [...]

No se finge la realidad, en tanto que realidad, sino que la realidad, precisamente en su carácter más físico, es aquello en que se mueve constitutivamente la ficción. No hay un *tertium quid*, como si dijéramos: "Mire usted, lo tomo neutralmente: no es ni ficción ni realidad, o lo serán según donde lo coloque. Si lo coloco en el fichero de realidad, será realidad. Si lo coloco en el fichero de lo que no es realidad, será irrealidad". No. No hay más que la realidad física, una y la misma. Lo mismo la de esta mesa que la de Don Juan. La cual se me presente con un contenido que, ese sí, es puramente ficticio. [...]

Y precisamente porque la ficción más ficticia del mundo envuelve el momento físico de realidad en que se inscribe y que se hace posible, precisamente por eso, cobra ante los ojos del hombre toda su inmensa gravedad el mundo de la ficción. El mundo de la ficción es grave, precisamente porque se inscribe en el momento físico de realidad.

La gravedad de la ficción le viene de eso. No de que esté conforme o disconforme con la realidad (que esto no afecta al tema), sino de que es una realidad que nos está presente en ficción. Y precisamente por eso es por lo que, independientemente de toda conformidad con lo real, el hombre que finge puede y debe tomar, y toma de hecho, la ficción *en y por sí misma*. Le tiene sin cuidado a Tirso de Molina que haya, o no, señores por las calles de Sevilla que sean como el don Juan que él describe.

La gravedad de la ficción le viene precisamente de que, siendo una ficción desde el punto de vista de su contenido, sin embargo, ese contenido está inscrito dentro del carácter físico y archirreal del momento de realidad.

Ahora bien, uno se pregunta entonces: ¿y en qué consiste esa inscripción, es decir, la ficción misma?

Lo que la hace posible es justamente esa distinción que puede parecer sutil: el momento de realidad propio de toda impresión de realidad, y *a fortiori* de todo acto montado sobre ella, **ese momento de realidad trasciende de cada uno de los contenidos que cada una de las impresiones nos ofrecen.** [...]

Mediante la ficción, que consiste en conservar el momento de realidad y en forjar imaginariamente (pero no sólo imaginariamente) el contenido específico, el hombre va creando, justamente con ese distanciamiento del contenido específico y la atención al puro momento de realidad, el ámbito dentro del cual puede ejercitar libremente, como Aristóteles decía, su construcción.

La ficción es posible como una "construcción" de cosas en el ámbito en que nos deja el momento de realidad físicamente real, en cierto modo suelto o libre del contenido específico con que en cada caso se nos presenta. [...]

Precisamente en la medida en que la realidad está trascendentalmente allende el contenido de cada una de nuestras percepciones y de nuestras impresiones, precisamente en esa medida nos hace ver que la realidad es justamente inagotable. **Y el ejercicio constructivo de lo que pudieran ser o no ser una realidad distinta de la que nos está dando su contenido, es justamente la ficción.** [...]

Lo inagotable de lo real es lo que hace posible precisamente la ficción. Y la ficción, antes de fingir aquello que finge y va a fingir, lo que hace es crear justamente el ámbito dentro del cual puede ejercitarse libremente la inagotabilidad de lo real, de esta realidad física que tengo ante mí. [...]

Lo que es ficción y lo que no tiene realidad es justamente el contenido que yo atribuyo: la construcción. La ficción consiste en tomar a don Juan como si fuera realidad. Pero la expresión es equívoca. Como si fuera realidad el contenido, sí, ahí está bien el *como si*. **Pero en que sea realidad, en esto no hay ficción ninguna, sino que es justamente el elemento formal en que se mueve la ficción en cuanto tal.** Lo otro no sería una ficción.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 22-31]



«¿Qué es la idea? Recibe uno respuestas clásicas, que se han dado en la Filosofía y que, naturalmente, yo no voy a tratar de invalidar. Abstracciones, realidades que pueden existir como momento absoluto de una cosa, construcciones, todo esto es verdad. Pero imaginemos que se pregunte si se van entendiendo estas ideas, y se me conteste: "me he perdido".

Justamente aquello que subrepticamente suministra la idea es que el hombre no se pierda en la realidad, sino que se encuentre en ella. Y

precisamente esta es la impronta que la irrealidad de la idea, mejor dicho, que la idea en tanto que idea va dejando en el ser sustantivo que esa el hombre.

El hombre no solamente tiene idea de las cosas, sino que, al tener ideas de las cosas, por muy irreales que sean las ideas y las cosas de que se tiene idea, va encontrándose justamente a sí mismo, que es una realidad: la realidad de sí mismo.

Lo propio acontece con la ficción. Ciertamente el hombre tiene que fingir, tiene que forjar y figurarse si aquello en el horizonte es un arbusto, un hombre o un perro. Y hará cosas distintas: si es un perro que se antoja peligroso, podrá echar a correr; si es un hombre, podrá acercarse para ver si es un amigo, o escapar si es un guardia, etc.

Esto es verdad. Pero el hombre se encuentra a sí mismo entre esas cosas concretas, fingidas y forjadas precisamente para acercarse a lo real, porque todas esas ficciones y todas esas ideas, en la cuales el *fictum* en cuanto *fictum* y lo ideado en cuanto ideal son irreales, sin embargo, lo son por su contenido y se alojan siempre en el carácter físico de realidad.

En ese sentido, se alojan las ficciones y las ideas en el mismísimo campo de realidad idéntico, en que las cosas están pasando fluentemente delante del hombre.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 126 s.]



«Hay otro modo de experiencia en que lo irreal se refiere no a las cosas reales, sino a otras cosas irreales. En ese caso nos encontramos en una situación paradójica: figurarme lo que es una cosa irreal. Se puede discutir sobre si Don Juan era o no afeminado.

Don Juan es irreal, tomado en sí mismo. Y, por consiguiente, a eso que es irreal le puedo aplicar todo cuanto acabo de decir de la realidad de una irrealidad: figurarse lo que es una cosa figurada. Ahora bien, no se crea que esto es una sutileza: es que esto tiene una estructura bastante exacta y definida.

Hay una experiencia que llamaríamos fantástica. Es lo que Stuart Mill llamó la experiencia imaginaria y lo que Husserl más tarde llamó cuasi-experiencia. Efectivamente, yo *puedo* combinar imágenes, para forjarme con ellas propiedades geométricas, etc., y utilizarlas con objeto de formarme conceptos o ideas. Una experiencia fantástica.

En sus modos fundantes de percepción y de concepción, y en sus modos fundados, el hombre integra lo irreal a lo real justamente en una experiencia unitaria, que es la probación de lo real con vistas a lo que nos hemos figurado.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 191-192]



«Se irrealiza lo que las cosas son en realidad. Por consiguiente, vuelve a aparecer la diferencia que hay entre el carácter de realidad y el contenido concreto determinado de cada una de las realidades. Se irrealiza eso. Yo veo unos hombres, y, en alguna forma irrealizo esos caracteres, y eso es justamente el objeto, aquello que se irrealiza: el contenido. Pero se mantiene imperturbable el que sean realidad. Esto mismo le pasa a la ficción. De las realidades que tengo ante mí, puedo por abstracción perfilar lo que es justamente su εἶδος y su idea. Bien entendido, el εἶδος y la idea de lo que son en realidad. El momento de ser en realidad es intrínseco y esencial a la idea en cuanto tal.

Ahora bien, se irrealiza *lo que son*, pero no *el que sean* en realidad. Y, justamente, como la realidad la hemos concebido como un *de suyo*, aquello *de suyo* compete a la cosa, resulta que cuando por un acto de ideación irrealizo la realidad, irrealizo las cosas reales, manteniendo, sin embargo, intacto el carácter de realidad en cuanto tal, el término de mi actividad, justamente mi idea, es *de* la cosa, cuyo momento “*de*”, de la realidad, es justamente definitorio de la realidad en sí misma.

El carácter genitivo de la idea no es otra cosa sino el carácter de *de suyo*, en el que forzosa y constitutivamente se mueve la inteligencia ideante en cuanto tal.

Esta anterioridad del momento de realidad sobre su contenido es justamente lo que hace posible que haya una realidad objetual y no simplemente una realidad a secas. Ese momento de realidad no es el término de esa ideal idea de la cosa real –como pretendían, a mi modo de ver, Platón y Aristóteles– sino que es simplemente la realidad física pura y simplemente, como formalidad de lo real.

La idea es idea “de” la realidad. Y la realidad es ahora realidad en idea. Cosa completamente distinta de la realidad ideal de que nos hablaban los objetos ideales.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 55-56]



«De qué se juzga

A primera vista pudiera pensarse que se juzga ser real algo que en simple aprehensión se ha aprendido como irreal: se pensaría que lo que «sería» real se juzga como algo que lo «es». Por tanto, aquello de que se juzga sería el contenido de una siempre aprehensión, algo irreal. Sin embargo, esto no es exacto. Aquello sobre lo que se juzga es algo previamente aprehendido como real. Precisamente por esto es por lo que la intelección

afirmativa es constitutivamente dual. Presupone y lleva en su seno la intelección de algo como ya real. ¿Qué se afirma entonces si la cosa es ya real? Lo vamos a ver en seguida.

Pero, aunque la filosofía no ha solido reparar en ello, hay que entender que aquello de que se afirma no es algo posible o irreal sino algo perfectamente real.

Esto es evidente en afirmaciones que recaen sobre cosas reales. Por ejemplo, al decir que esta agua está caliente o que hierve, se presupone que aquello de que se juzga, esta agua, es real. Y esto es verdad incluso cuando se inteligen cosas-sentido. Cosa-sentido no es formalmente cosa-realidad, pero toda cosa-sentido lleva en su seno una cosa-realidad.

Una mesa no es cosa real en cuanto mesa, sino cosa-sentido. Pero la mesa no es mesa si no fuera mesa en y por una cosa-realidad. Pues bien, puedo emitir afirmaciones sobre la mesa, pero es gracias a que mesa es el sentido de una cosa-realidad, por ejemplo, de una cosa que tiene determinado tamaño, determinada forma, etc.

Se dirá que hay muchísimos juicios que no están en este caso porque recaen sobre cosas que no son reales: es el caso de los juicios de la matemática y también de los innumerables juicios que intervienen en un relato de ficción, por ejemplo, en una novela. Todo relato de ficción contiene juicios, aunque aquello de que se afirmen sea fingido.

Parece pues que no es evidente que aquello de que se juzga sea forzosamente una realidad aprehendida ya en aprehensión primordial. Sin embargo, nada de esto invalida lo que acabo de decir.

Es cierto que un espacio geométrico o Don Juan no son cosas reales en la misma forma en que lo es un vaso de agua. Pero ¿funcionan por así decirlo como algo pura y simplemente no-real? De ninguna manera. Examinemos los dos ejemplos sucesivamente.

a) Comencemos por el espacio geométrico. Ningún espacio geométrico, empezando por el propio espacio euclidiano, son en cuanto geométricos espacios físicos. Sin embargo, un espacio geométrico no es un mero concepto ni una síntesis de conceptos. Si lo fuera, ese espacio no pasaría de ser lo que espacio «sería». Ahora bien, la matemática no trata de los espacios que «serían», sino de los espacios que «son», y los estudia muy penosamente. Esto significa que los conceptos, simples aprehensiones de lo que los espacios «serían», se tornan en conceptos de algo que «es». ¿Cómo? Los conceptos se tornan en conceptos de algo que «es» gracias a un sistema de postulados.

¿Qué son estos postulados, es decir, qué es lo que los postulados postulan? Esta es la cuestión. A mi modo de ver, los postulados no postulan «verdad», es decir no piden que se admita meramente su verdad. Si así fuera, la matemática sería pura y simplemente una combinación de verdades: en el fondo una promoción de la lógica. Así lo

han pensado mil veces eminentes, incluso geniales, matemáticos. Pero ello no obsta para que no sea así.

La matemática no es un sistema de verdades necesarias, y meramente coherentes entre sí de acuerdo con los «principios» de la lógica, sino que es un sistema de verdades necesarias acerca de un objeto que, a su modo, tiene realidad ante la inteligencia.

Lo que los postulados postulan no es «verdad» sino «realidad»; lo postulado es la realidad de lo que se postula. Si se quiere hablar de verdades, habría que decir que los postulados enuncian la «verdad real» de lo postulado.

Es decir, los postulados no son meros enunciados de los caracteres que tiene el «contenido» de la «realidad» de lo postulado. La «postulación» se funda en el «sería» y consiste formalmente en su transformación en «es» gracias a la postulación de la realidad. Esta transformación es formalmente *construcción*.

- b) Atendamos ahora al otro caso, a los relatos de una obra de ficción. Una ficción, ya lo vimos, es cómo «sería» lo real en la realidad. Pero una novela, por ejemplo, no nos dice lo que «sería la realidad», sino que, a su modo, noveladamente, nos dice lo que «es realidad». Por eso la novela está llena de propiedades o notas muy distintas de las que inicialmente se han atribuido a sus personajes o a sus situaciones. Es que lo novelado, por el hecho de ser novelado *en la realidad*, tiene más propiedades que las formalmente enunciadas en su principio.

Así se puede discutir perfectamente acerca de si ese personaje de ficción que es Don Juan es o no es un personaje afeminado. En términos generales, un novelista siente que sus personajes se le imponen, le llevan ellos, le arrastran, etc., en virtud de propiedades que ellos tienen por haber sido realizados inicialmente en determinadas situaciones.

Lo cual nos indica que aquello de que los juicios de ficción juzgan no es ciertamente una persona determinada, por ejemplo, un ciudadano cualquiera de Sevilla, pero sí que es algo más que el «cómo sería»: «es así». Este «es» expresa una realidad no como la de esta piedra, pero sí realidad. A esta realidad se refieren todos los juicios del relato de ficción. Esta realidad es la dada en impresión de realidad por esta misma piedra.

El novelista construye por creación en esta realidad «según fictos» determinados. Es toda la diferencia entre novela y matemática. Ambas son construcciones de realidad, pero en la matemática se construye «según conceptos», mientras que en la novela se construye «según fictos y perceptos».

Ciertamente la novela tiene muchos conceptos, pero no está construida según conceptos. La novela en cuanto tal no está formalmente en la creación de la realidad de los fictos sino en la construcción del contenido

en «la» realidad según esos fictos. La novela no se refiere a la ficción sino a la realidad construida según fictos.

- c) Si tomamos «a una» los juicios de la matemática y los juicios de la ficción fácilmente lograremos ver que en ellos aquello de lo que se juzga es «algo real». Los conceptos, los fictos y los perceptos son simples aprehensiones: expresan lo que lo real «sería», esto es, se inscriben formal y explícitamente en «la» realidad, pero en «la» realidad no en cuanto termina en un contenido determinado sino en cuanto terminaría en él, es decir expresan no lo que «es» sino lo que «sería».

Por eso decimos que esta simple aprehensión expresa algo irreal. No necesito insistir más en ello después de lo dicho páginas atrás. Pues bien, los juicios de la matemática o de la literatura de ficción no recaen sobre algo formalmente «irreal», sino sobre algo irreal, pero «realizado»: consideran que la realidad termina efectivamente en esto o en lo otro.

A este terminar «determinado», es a lo que de una manera unitaria llamo, con un vocablo tomado de la matemática, postular. Lo irreal, sin dejar de serlo, cobra realidad postulada. Cuando el modo de realización es construcción entonces tenemos la realidad tanto de lo matemático como de lo ficticio.

Las afirmaciones de la matemática y de la literatura de ficción, recaen así sobre un irreal realizado por postulación constructiva, sea en forma de construcción según conceptos (matemática), sea en forma de construcción según perceptos y fictos (literatura de ficción).

La inteligencia no se limita pues a aprehender lo que «está ya» en ella, sino que sus conceptos, sus fictos y sus perceptos los realiza en ella, o mejor dicho *ante* ella. Lo inteligido no «está» entonces ante la inteligencia, sino que es algo «realizado» por ella ante ella.

Ciertamente se puede realizar sin construir; es el caso de la mayoría de los juicios cuyo contenido está realizado en lo real, pero sin construcción. Lo que no se puede es construir sin realizar.

De aquí la inevitable consecuencia de que lo real, cuando está postuladamente realizado, a pesar de estarlo según conceptos o fictos o perceptos determinados, sin embargo, una vez realizado tenga, como vamos a ver, más notas propias que las que están incluidas *formalmente* en los conceptos, en los fictos y en los perceptos. De esta realidad realizada por postulación constructiva es de la que parten la matemática y la literatura de ficción para sus juicios.

Así pues, todo juicio, toda afirmación, lo es de algo real presupuesto como tal a la afirmación misma. Cuando las cosas son reales en y por sí mismas, aquella presuposición es formalmente la aprehensión primordial de realidad. Cuando las cosas son reales, pero realizadas constructivamente, entonces la presuposición es formalmente postulación. La postulación es posible sólo por estar intrínseca y formalmente fundada en la aprehensión

primordial de realidad. Por tanto, la estructura primaria y radical del juicio es ser una afirmación de una cosa aprehendida ya como real (en aprehensión primordial) pero según su momento formalmente campal.

En su virtud, un juicio no es una intelección inmediata del algo real, sino que es una intelección modalizada de aquella aprehensión, de aquella intelección directa e inmediata: es intelección en reversión distanciada. ¿Qué se juzga en esta intelección? [...]

El juicio presupone pues la aprehensión primordial de realidad. Pero, insisto, no se trata de una presuposición de índole procesual, es decir no se trata de que *antes* de juzgar se aprehende realidad, sino de que esta realidad aprehendida antes de juzgar se mantiene como momento formal constitutivo del juicio mismo en cuanto tal.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia y logos*. Madrid: Alianza Editorial, 1982, pp. 127-132]



«Cuando digo en la conclusión que A es B, no enuncio simplemente la verdad de mi afirmación, sino que enuncio unapropiedad real del objeto matemático. Se se quiere hablar de “ver”, en la conclusión veo no solamente que tengo que afirmar necesariamente que A es B, sino que veo que la A “es realmente” B con necesidad.

Este momento no es simplemente un momento de intelección verdadera, sino de intelección aprehensiva de la realidad matemática como tal. Lo que sucede es que veo esta realidad como algo que necesariamente tiene que ser visto así. Es la necesidad física la que me lleva a ver la realidad en su necesidad lógica; pero la necesidad lógica en y por sí misma no es la realidad.

Si una inteligencia inteligiera exhaustivamente la ley de la gravitación no se limitaría a ver en el movimiento de un cuerpo algo que tiene que ocurrir así en verdad, sino que además de esta necesidad, y justo por ella, vería el movimiento real mismo del cuerpo. Y esto mismo sucede con la realidad matemática. No solo logro determinar deductivamente que lo entendido como A tiene que ser B, sino que logro ver que *la realidad* misma de A está necesariamente siendo B.

Si así no fuera, la matemática sería una pura lógica de verdades. Y esto es imposible porque la matemática es ciencia de realidad. Tan es así, que Gödel demostró que lo postulado tiene propiedades que no son deducibles de los postulados ni pueden ser lógicamente refutadas por ellos; es que a mi modo de ver son propiedades reales de la realidad matemática, y su aprehensión independiente de los postulados es un punto en que la aprehensión de realidad no coincide con la intelección lógica.

En todo método matemático hay, pues, un doble momento: el momento de verdad necesaria de una afirmación, y el momento de aprehensión de realidad. El que tenga que afirmar necesariamente que la realidad es así no

se opone a que el momento de realidad se formalmente distinto de la necesidad lógica de mi afirmación.

Ciertamente, con son dos momentos de un mismo acto, de un acto único, pero como momentos son distintos. Y en ellos el momento de necesidad lógica no es el primario porque los postulados a su vez no consisten en afirmaciones lógicas sino en postulaciones de contenido de realidad. Es la realidad, pues, la que tiene la primera y la última palabra en toda intelección matemática.

Estos dos momentos, el momento de verdad y el momento de aprehensión de la realidad, tiene sin embargo una intrínseca unidad: es lo que llamo *com-probación*. A mi modo de ver, la comprobación no consiste en comprobar si mi afirmación se verifica; esto no necesita ser comprobado en matemáticas.

Lo comprobado no es la verdad de mi afirmación, sino que es la presencia misma de la realidad aprehendida al hilo de la verdad deducida; es la probación de la realidad al hilo del "cum" de la verdad. No se comprueba la verdad, sino que se comprueba la realidad en su verdad: aprehendemos la "realidad en verdad". Esto podría hacer parecer que el método ha consistido en el razonamiento.

Pero no es así porque todos los razonamientos penden de algo anterior al razonamiento mismo, penden de la postulación del contenido de realidad. El método es vía en la realidad postulada, una vía orientada según el rigor lógico. Pero si este rigor demostrativo, por imposible, no llegar a hacernos aprehender la realidad de A como "siendo" B, no tendríamos matemática.

La unidad de los dos momentos de la intelección de realidad postulada es, pues, lo que llamamos *com-probación*. He aquí lo propio de lo que paradójicamente, pero mu exactamente, de llamarse experiencia de lo matemático. Lo matemático es término de una probación física de realidad, es término de experiencia.

Ciertamente, hay realidades postuladas que no son matemáticas: constituyen el ámbito de la realidad de ficción. Pero no necesito insistir en ellas porque a todas luces tienen los dos momentos de coherencia interna de lo fingido, y de aprehensión de su realidad en ficción. Son en este sentido término de *com-probación*, en la forma explicada.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza Editorial, 1983, p. 252-254]

COMENTARIOS

«La literatura no nació el día en que un chico llegó corriendo del valle Neanderthal gritando 'el lobo, el lobo', con un enorme lobo gris pisándole los talones; la literatura nació el día en que un chico llegó gritando 'el lobo, el lobo', sin que le persiguiera ningún lobo. La literatura es invención. La ficción es ficción.» [Vladimir Nabokov: *Curso de literatura europea*]

•

«Lo que no hemos entendido aún es que la ficción es la ficción, y la realidad es la realidad.» [Javi Royo, ilustrador y diseñador de humor gráfico]

•

Yuval Noah Harari: *Sapiens. De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad*. Barcelona: Debate, 2014.

Su argumento principal es que Homo sapiens domina el mundo porque es el único animal capaz de cooperar flexiblemente en gran número, gracias a su capacidad única de creer en entes que existen solamente en su imaginación, como los dioses, las naciones, el dinero o los derechos humanos.

Todos los sistemas de cooperación humana a gran escala —incluidas las religiones, las estructuras políticas, las redes comerciales y las instituciones jurídicas— se basan, en última instancia, en ficción.

El tema central de Harari es la idea de que lo que impulsa a la sociedad humana ha sido, en general, la capacidad de nuestra especie de creer en lo que él denomina ficciones, esas cosas —ya sean dioses o naciones— cuyo poder reside en que existen en nuestra imaginación colectiva; nuestra fe en ellas nos permite cooperar como sociedad.

«Mi idea central es sencilla: **Es la autoridad de las ficciones, el hecho de que, para comprender el mundo, debemos tomárnoslas muy en serio. El relato en el que creemos configura la sociedad que construimos.**» [Yuval Noah Harari, autor del libro *Sapiens. De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad*. Barcelona: Debate, 2014]

•

«En su curso “El hombre: lo real y lo irreal”, pretende aclarar en qué consiste la irrealidad y su función. Cada uno de los actos humanos —pensar, comer, estudiar, odiar, pasear...— es carcomido por la nada. Todo fluye. Ningún momento es idéntico al anterior. Pero si cada instante no tuviera absolutamente nada que ver con otro, el hombre no podría “hacer su vida”, no tendría nada en que apoyarse.

Sucede sin embargo que todos los instantes, por muy distintos que sean, coinciden en poseer un momento inespecífico de realidad que trasciende el puro fluir y que le permite establecer recurrencias entre ellos. Por estar atenido de este modo a la realidad, el hombre tiene forzosamente que forjar lo irreal, fantasear, crear ficciones e ideas.

Al figurarse cómo son las cosas y cómo es él mismo, puede hacer su propio ser e ir encontrándose a sí mismo sin perderse completamente en el alocado torrente de la realidad (1).

(1) X. Zubiri, *El hombre: lo real y lo irreal*, Madrid, Alianza Editorial, 2005. J. Corominas sitúa la filosofía de la irrealidad de Zubiri, comparable a una filosofía de la realidad virtual, en el contexto de la filosofía de Ortega y Unamuno, y destaca su importancia y actualidad ante el éxito de la literatura fantástica y el predominio de la creación de mundos virtuales. Conill subraya la propuesta de superación de planteamientos vitalistas como los de Dilthey, Bergson y el propio Ortega (cf. J. Conill, "Presentación", *ibídem*, pp. I-XXI). Es notoria también la crítica de Zubiri a Husserl.

Para éste, la ficción "constituye el elemento vital de la fenomenología, como de toda ciencia eidética" (E. Husserl, *Ideas*, I, p. 158). La sustitución de los datos singulares del "río heraclítico" por sus datos imaginarios permite la ciencia eidética. Zubiri, en cambio, pretende no salir del río heraclítico para constituir una metafísica o filosofía primera radical.

Lo irreal, la fantasía o la figuración no es un intermediario entre las cosas y las ideas, sino entre el puro estar en la realidad y las cosas concretas de esta realidad.»

[Corominas, Jordi / Vicens, Joan Albert: *Xavier Zubiri. La soledad sonora*, Madrid: Taurus Ediciones, 2006, p. 639 y 814 n. 37]



«El "mundo poético" es, en efecto, el ejemplo más transparente de lo que he llamado "mundos interiores". En él aparecen con descuidado cinismo y como a la intemperie los caracteres propios de éstos. Nos damos cuenta de que es pura invención nuestra, engendro de nuestra fantasía. No lo tomamos como realidad y, sin embargo, nos ocupamos con sus objetos lo mismo que nos ocupamos con las cosas del mundo exterior, es decir –ya que vivir es ocuparse–, vivimos muchos ratos alojados en el orbe poético y ausentes del real. [...]

Pero de la poesía nos hemos acostumbrado a hablar sin gran patetismo. Cuando se dice que no es cosa *seria*, sólo los poetas se enfadan, que son, como es sabido, *genus irritabile*. No nos cuesta, pues, gran trabajo reconocer que una cosa tan poco seria sea pura fantasía. La fantasía tiene fama de ser la loca de la casa. Mas la ciencia y la filosofía, ¿qué otra cosa son sino fantasía?

El punto matemático, el triángulo geométrico, el átomo físico, no poseerían las exactas calidades que los constituyen si no fuesen meras construcciones mentales. Cuando queremos encontrarlos en la realidad, esto es, en lo perceptible y no imaginario, tenemos que recurrir a la medida, e *ipso ipso* se degrada su exactitud y se convierten en un inevitable "poco más o menos".

¡Qué casualidad! Lo propio que acontece con los personajes poéticos. Es indudable: el triángulo y Hamlet tienen el mismo *pedigree*. Son hijos de la loca de la casa, fantasmagorías.

El hecho de que las ideas científicas tengan respecto a la realidad compromisos distintos de los que aceptan las ideas poéticas y que su relación con las cosas sea más prieta y más *seria*, no debe estorbarnos para reconocer que ellas, las ideas, no son sino fantasías y que sólo debemos vivirlas como tales fantasías, pese a la seriedad.

Para vivir tiene el hombre que hacer algo, que habérselas con lo que le rodea. Mas para decidir qué es lo que va a hacer con todo eso, necesita saber a qué atenerse respecto a ello, es decir, saber *qué es*. Como esa realidad primaria no le descubre amistosamente su secreto, no tiene más remedio que movilizar su aparato intelectual cuyo órgano principal – sostengo yo– es la imaginación.

El hombre imagina una cierta figura o modo de ser la realidad. Supone que es tal o cual, inventa el mundo a un pedazo de él. Ni más ni menos que un novelista por lo que respecta al carácter imaginario de su creación. La diferencia está en el propósito con que la crea.

Un plano topológico no es más ni menos fantástico que el paisaje de un pintor. Pero el pintor no ha pintado su paisaje para que le sirva de guía en su viaje por la comarca, y el plano ha sido hecho con esta finalidad.

El “mundo interior” que es la ciencia, es el ingente plano que elaboramos desde hace tres siglos y medio para caminar entre las cosas. Y viene a ser como si nos dijéramos: “*suponiendo* que la realidad fuera tal y como yo la imagino, mi comportamiento mejor en ella y con ella debía ser tal y tal. Probemos si el resultado es bueno”. La prueba es arriesgada.»

[Ortega y Gasset: “Ideas y creencias” (1940). En *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1964, vol. V, p. 403-404]



«El mundo del conocimiento es sólo uno de los muchos mundos interiores. Junto a él está el mundo de la religión y el mundo poético y el mundo de la *sagesse* o “experiencia de la vida”. [...]

Todos esos mundos, incluso el de la ciencia, tienen una dimensión común con la poesía, a saber: que son obra de nuestra fantasía. Lo que se llama pensamiento científico no es sino fantasía exacta. Más aún: a poco que se reflexione se advertirá que la realidad no es nunca exacta y que sólo puede ser exacto lo fantástico (el punto matemático, el átomo, el concepto en general y el personaje poético). Ahora bien, lo fantástico es lo más opuesto a lo real; y, en efecto, todos los mundos forjados por nuestras ideas se oponen en nosotros a lo que sentimos como la realidad misma, al “mundo exterior”.

El mundo poético representa el grado extremo de lo fantástico, y, en comparación con él, el de la ciencia nos parece estar más cerca del real. Perfectamente; pero, si el mundo de la ciencia nos parece casi real *comparado* con el poético, no olvidemos que también es fantástico y que, *comparado con la realidad*, no es sino fantasmagoría. Pero esta doble

advertencia nos permite observar que esos varios “mundos interiores” son encajados por nosotros dentro del mundo real o exterior, formando una gigantesca articulación.

Quiero decir que uno de ellos, el religioso, por ejemplo, o el científico, nos parece ser el más próximo a la realidad, que sobre él va montado el de la *sagesse* o experiencia espontánea de la vida, y en torno a éste el de la poesía. El hecho es que vivimos cada uno de esos mundos con una dosis de “seriedad” diferente o, viceversa, con grados diversos de ironía.

Apenas anotado esto, surge en nosotros el obvio recuerdo de que ese orden de articulación entre nuestros mundos interiores no ha sido siempre el mismo. Ha habido épocas en que lo más próximo a la realidad fue para el hombre la religión no la ciencia. Hay una época de la historia griega en que la “verdad” era para los helenos –Homero, por tanto– lo que se suele llamar poesía.»

[Ortega y Gasset: “Ideas y creencias” (1940). En *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1964, vol. V, p. 406]



«Los huecos de nuestras creencias son el lugar vital donde insertan su intervención las ideas. En ellas se trata siempre de sustituir el mundo inestable, ambiguo, de la duda, por un mundo en que la ambigüedad desaparece. ¿Cómo se logra esto? Fantaseando, inventando mundos.

La idea es imaginación. Al hombre no le es dado ningún mundo ya determinado. Sólo le son dadas las penalidades y las alegrías de su vida. Orientado por ellas, tiene que inventar el mundo. La mayor porción de él la ha heredado de sus mayores y actúa en su vida como sistema de creencias firmes. Pero cada cual tiene que habérselas por su cuenta con todo lo dudoso, con todo lo que es cuestión.

A este fin ensaya figuras imaginarias de mundos y de su posible conducta en ellos. Entre ellas, una le parece *idealmente* más firme, y a eso llama verdad. Pero conste: lo verdadero, y aun lo *científicamente* verdadero, no es sino un caso particular de lo fantástico.

Hay fantasías exactas. Más aún: sólo puede ser exacto lo fantástico. No hay modo de entender bien al hombre si no se repara en que la matemática brota de la misma raíz que la poesía, del don imaginativo.»

[José Ortega y Gasset: “Ideas y creencias” (1940). En: *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1964, t. V, p. 394]